

EL MUNDO

Domingo, 26 de junio de 2005. Año XVII. Número: 5.675.

OPINION

CARTA DEL DIRECTOR

¿Sonreía Duguesclin?

PEDRO J. RAMIREZ

Si hay una figura histórica a la que le cuadre el viejo dicho de que «unos llevan la fama y otros cardan la lana» es la de mi tocayo el rey Pedro I de Castilla, que ha pasado a la posteridad con el apodo de El Cruel. Las guerras civiles del siglo XIV no eran desde luego el mejor escenario para ganar un concurso de modales, pero recientes estudios -el más destacado el de nuestra gran autoridad en la Alta Edad Media, Julio Valdeón- se hacen eco de quienes piensan que, aunque reprimió, es cierto, con especial severidad las conjuras y revueltas que se gestaron en su entorno, «su conducta no fue un producto derivado de la maldad gratuita sino de la estricta aplicación de la justicia» y, por lo tanto, muy bien podría haber sido recordado, alternativamente, como El Justiciero.

¿Pedro I El Justiciero? Su problema es que ya entonces la Historia la escribían los vencedores y fue la dinastía de los Trastámara -cuando su hermanastro Enrique le derrocó en lo que podríamos considerar versión hispana de la Guerra de las Rosas- la que pudo cincelar a su gusto la imagen póstuma de su antagonista y, a la postre, víctima. Pero si tenemos en cuenta la forma en que murió, yo casi terciaría en la polémica entre medievalistas proponiendo que el remoquete que a partir de ahora le acompañe sea el de El Ingenuo.

¿Pedro I El Ingenuo? Reconozco que suena raro, pero no se me ocurre mejor descripción de alguien que es capaz de caer en una trampa mortal como la que le tendió el Condestable de Francia Bertrand Duguesclin, la noche del 22 al 23 de marzo de 1369. Duguesclin había irrumpido en la guerra civil castellana al frente de 10.000 hombres integrados en las llamadas compañías blancas con las que la monarquía gala trataba de compensar el apoyo que el heredero del trono de Inglaterra, el legendario Príncipe Negro, prestaba a Pedro I. Las desavenencias en el llamado bando petrista habían desembocado en el retorno del inglés a su país, quedando en inferioridad el rey castellano quien, tras ser contundentemente derrotado, hubo de refugiarse en el castillo de Montiel.

Estando protegido tras sus almenas, uno de sus colaboradores, el cabal y honrado castellano Men Rodríguez de Sanabria, le hizo saber que estaba en tratos con Duguesclin y que éste le ofrecía una vía de salida para eludir el cerco

e incluso un acuerdo estable con su hermanastro a cambio de determinados favores. Proponía un encuentro en el exterior del castillo para concretarlo todo. «Más en el fondo -advierte Valdeón- las negociaciones del dirigente bretón no pasaron de ser una pura treta que hizo posible que los dos hermanos terminaran por encontrarse cara a cara».

Lo que sucedió entonces queda reflejado en el hermoso castellano antiguo del cronista Pedro López de Ayala, con la plasticidad propia del mejor periodismo deportivo: «E estonce el Rey don Enrique conoscióle, e firiólo con una daga por la cara: é dicen que amos á dos, el Rey don Pedro y el Rey don Enrique, cayeron en tierra, é el Rey don Enrique le firió estando en tierra de otras feridas. E allí murió el Rey don Pedro á veinte é tres días de marzo deste dicho año ».

Es en el momento en que los hermanastros ruedan por el suelo, aferrados uno al otro, cuando la leyenda se cuelga por los ventanucos de la Historia para atribuir a Duguesclin un decisivo empujón dentro del forcejeo, poniendo encima a quien estaba debajo y facilitando a Enrique que apuñalara a Pedro. «Ni quito ni pongo Rey, pero ayudo a mi señor», habría dicho entonces el francés a modo de remate, adorno y justificación de su faena.

Probablemente ni esas palabras salieron nunca de su boca, ni siquiera hizo falta su intervención física en el lance, porque lo esencial, que era sacar al Rey de su reducto mediante el engaño, ya estaba hecho. De ahí que el único enigma histórico relevante es cómo pudo ser que aquel monarca curtido en mil lances feroces, obligado a hacer de la desconfianza coraza, forzado a dormir con la espada siempre al alcance de la mano, resultara tan inocente, crédulo e iluso como para dar por buena la palabra del cocodrilo francés.

Ya se sabe que en materia de engaños pasa como con las cagarrutas de paloma, que el último en darse cuenta es el que la lleva encima. Y una vez que el falso soufflé se ha derretido de forma tan embarazosa, sin duda acertarán en el diagnóstico quienes aleguen que había más posibilidades de que Bertrand Duguesclin jugara limpio con mi tocayo que de que Zapatero tratara con el más remoto atisbo de equidad a nuestro periódico a la hora de modificar el mapa audiovisual en España.

¿Pero es que no era suficiente indicio de lo que iba a pasar con la televisión lo que ya ocurrió con la radio, cuando el propio presidente del Gobierno reconoció en un alarde de desprecio hacia los principios esenciales del Estado de Derecho que cambiaba la ley -permitiendo una mayor concentración, tras haber prometido lo contrario- para eludir la ejecución de la sentencia del Supremo que obligaba a Polanco a desprenderse de las emisoras de la antigua Antena 3 de radio?

Precisamente yo pensaba, empeñado en concederle el beneficio de la duda a

Zapatero, que ese desalentador abuso de poder le había permitido cubrir ya la cuota de pragmatismo clientelar que siempre acecha al gobernante y que cuando llegara el momento de distribuir las oportunidades en la televisión se sentiría más libre para acreditar sus principios y hacer honor a su palabra. Pero ha ocurrido exactamente lo contrario: si no querías taza, ahí tienes la jícara entera; sobre la primera albarda se apila ya una montaña de idéntico paño.

De nada ha servido la impecable argumentación en Derecho, explicando que el artículo 101 de la Ley de Contratos del Estado, que requiere de la existencia de «necesidades nuevas» o «causas imprevistas», se ceñía mucho más a la solicitud de un concesionario como Veo TV, bloqueado por un retraso tecnológico ajeno a su voluntad, que a la pretensión de Canal Plus de modificar la sustancia de su licencia, sin otra motivación que su ánimo de lucro e insaciable ansia de poder. Aunque eran dos los bebés disponibles, ni siquiera ha habido juicio salomónico: el de Polanco pronto tendrá permiso para corretear libremente por el parque de los receptores, el nuestro será entregado a otros amigos del Gobierno -satélites y hechuras a su vez de Prisa- bajo la apariencia de un concurso convocado por Montilla. ¡Ay, Montilla, cómo te vamos conociendo, renegado!

Pero además de hurtarnos en el presente analógico las oportunidades de diversificación y búsqueda de sinergias de las que ya disfrutaban todos y cada uno de los demás grandes diarios nacionales, el Gobierno de Zapatero ha incurrido en el ensañamiento de expropiarnos también el futuro digital. Y lo ha hecho mediante un caprichoso reparto asimétrico -siempre que oigan esa palabra comprobarán que se favorece en algo a Cataluña- de los canales disponibles que, además de consagrar la hegemonía de la televisión pública (ocho canales para TVE, otros tantos para las autonómicas), reforzar a la Generalitat con cuatro canales adicionales propios y llevar a Polanco en carroza con otros cuatro canales como cuatro corceles, hunde en la miseria a Veo TV, cuyo escuálido canal entre cuarenta, a poner en marcha desde cero, se convierte en poco más que un boleto para el sorteo del cupón de la ONCE. Así consta en el documento oficial del Consejo de Ministros que reproducíamos ayer, poniendo en evidencia las flagrantes mentiras del alto funcionario que en la tarde del viernes aún se atrevía a negarlo.

¿Qué hemos hecho nosotros para merecer esto? ¿Nos están pasando la factura por haber contribuido a que los ciudadanos derribaran de su pedestal de dinero y sangre a aquel Felipe González al que tanto admiraba Zapatero? ¿Es este el precio por haber aportado las pruebas que llevaron a prisión a Barrionuevo, Elgorriaga y Galindo y mantienen en ella a Vera, Colorado, Goñi Tirapu y Patón, delincuentes socialistas de carné por cuyos crímenes sigue sin pedir perdón el partido? ¿O más bien se trata de un castigo preventivo a cuenta de la investigación del 11-M, no vaya a ser que descubramos algo que, aireado por la televisión, pueda descomponer el traje de saco para tontos confeccionado por los sastrecillos cobardes de la comisión parlamentaria?

Algunos amigos y compañeros me aconsejaban este fin de semana que adoptáramos la técnica del disimulo, que no añadiéramos al placer que sin duda sienten quienes nos han hecho este daño la satisfacción de permitirles comprobar nuestro dolor; y que luego ya llegaría el momento de Tras esos puntos suspensivos cabía intuir, tal vez, que debíamos ir afilando nuestra daga periodística para clavársela en el cuarto espacio intercostal cuando menos se lo esperara el Gobierno, barrenar después sobre la herida y que fueran ellos los que tuvieran que preguntarnos: «¿Por qué?».

Vamos a hacer exactamente lo contrario de eso. Vamos a denunciar en todos los foros y con la máxima claridad y firmeza la cadena de infames tropelías de la que somos víctimas; y al mismo tiempo vamos a hacer el mayor esfuerzo de ecuanimidad y autocontrol profesional del que seamos capaces para combatir diariamente nuestros prejuicios y seguir informando y opinando con equilibrio, serenidad y ponderación sobre los actos de Zapatero y su Gobierno. En peores situaciones límite hemos sabido conservar la calma y responder a la razón de la fuerza solamente con la fuerza de la razón.

Creo que lo justo es comportarse así. En primer lugar porque nuestros lectores tienen derecho a saber lo que nos pasa para evaluar así mejor lo que hagamos y digamos. En segundo lugar porque a ellos les afecta tanto como a nosotros, pues en definitiva es su derecho a la información, su lugar en la mesa del pluralismo y por ende su calidad de vida democrática lo que queda restringido por este rebrote del peor despotismo gubernamental. Y en tercer lugar porque lo que acaba de ocurrirnos a nosotros responde, lamentablemente, a la misma pauta de lo que les viene ocurriendo con significativa reiteración a muy diversos opositores y discrepantes.

Si Mariano Rajoy dice que el presidente del Gobierno le ha engañado varias veces, tal vez le sirva de consuelo saber que yo tengo la sensación de que por cada una que le ha engañado a él, a mi ya me ha engañado siete. Si el Consejo de Estado, el Poder Judicial, la Academia de Jurisprudencia y las tres confesiones religiosas que le pidieron que buscara un punto de encuentro, una fórmula de consenso, un espacio común que permitiera otorgar todos los derechos civiles a las parejas homosexuales sin alterar la esencia del matrimonio se han quedado con la frustración de que ni siquiera lo ha intentado, yo sólo puedo añadir que exactamente ésa ha sido mi experiencia. Si nada menos que las Víctimas del Terrorismo arrastran el amargo malestar de no haber sido capaces de mover un ápice ni su sensibilidad ni sus proyectos políticos, ¿cómo iba a ser de otra manera en nuestro caso?

Repito que conservaremos la flema, que no será este diario ni la plataforma del extremismo, ni el ariete de la descalificación o la ofensa gratuita, pero Zapatero es desde hoy mismo personalmente responsable de la dinámica cainita que ha puesto en marcha al rearmar con todos los misiles de última generación a una máquina de picar carne humana como el grupo Prisa. El es quien nos ha hecho

acudir confiados a la cita de un supuesto acuerdo digno. El es quien, sin embargo, ha colocado a Polanco encima de todos los demás. El es quien con hipocresía administrativa puede alegar que «ni quita ni pone rey», pero en la práctica «ayuda» a su buen «señor» del 13-M.

El presidente del Gobierno es, pues, el culpable directo de la indefensión a la que quedamos condenados quienes no estamos dispuestos a someternos a los dictados de esa camarilla de hombres sin escrúpulos que liquida con cinco malas líneas la muerte de Jaime Campmany por haber osado personarse en el caso Sogecable, somete a todos los acosos posibles a Manuel Soriano por haberse atrevido a emitir un documental con referencias a las manipulaciones de la Ser o dedica reporteros a tiempo completo a buscarle las vueltas a mi familia por toda la geografía nacional simplemente como respuesta a mi desafiante contumacia en subsistir. Ellos ya saben que, sean cuales sean sus felonías, Zapatero será siempre un servicial hombre de la casa y que nunca nos proporcionará a sus víctimas armas para defendernos de igual a igual.

Francamente, no creo que tampoco esta vez puedan con nosotros. Si los lectores cierran filas en torno al periódico -como lo han hecho en todos y cada uno de los momentos en que el poder ha intentado destruirnos- EL MUNDO prevalecerá y la Historia se repetirá a sí misma. Pero, como no hay lance del que no se aprenda, lo que a mí me queda de éste es la determinación de que si un día, física o metafóricamente, me hacen pasar a mejor vida, haré todo lo posible por encontrarme con mi tocayo y víctima precursora del tocomocho, aquel Pedro I, discutiblemente apodado El Cruel, a quien engañaron como a un chino cuando en Castilla ni siquiera se sabía que existieran los chinos. Y es que, obsesionado por encontrar explicaciones a lo inexplicable, me muero de ganas de preguntarle qué es lo que vio en él si es que era para tanto, no sé cómo sonreía el tal Duguesclin.

pedroj.ramirez@el-mundo.es

© Mundinteractivos, S.A.